# LAS MENTIRAS QUE NOS CONTARON

ELLEN MARIE WISEMAN

Libros de seda

*Para mis amores más pequeños, Owen Benjamin y Elena Catherine.*

*¡Qué portentos tan milagrosos y qué tesoros tan preciosos sois!*

*Oh, ¿por qué sois los hombres tan necios?*
*Vosotros, criadores de nuestra raza,*
*¿dejáis que los tontos, los débiles y los locos se reproduzcan una y otra vez?*
*Los delincuentes, los deformes y los inadaptados,*
*los dependientes, los enfermos y todos los demás;*
*mientras criamos a la familia humana,*
*tratamos a los peores igual que a los mejores.*
*Id a la casa de algún granjero,*
*mirad en sus establos y cobertizos,*
*observad sus caballos y su ganado,*
*incluso sus cerdos son de pura raza.*
*Luego mirad la marca que dejó en sus hijos:*
*de frente vulgar y mandíbula simiesca,*
*con manos de mono, tontos y necios,*
*engendrados fielmente según la ley de Mendel.*
*Id a algunas casas del pueblo,*
*mirad los cultivos del huerto,*
*los repollos, las lechugas y los nabos,*
*incluso las remolachas son de pura raza.*
*Luego mirad a los abundantes niños*
*con manos como las de un mono,*
*patiestevados, de cabeza redonda y necios,*
*engendrados fielmente según la ley de Mendel.*
*Esta es la ley de Mendel*
*y con frecuencia lo deja claro:*
*los deficientes engendrarán deficientes*
*y los locos engendrarán locos.*
*Oh, ¿por qué permitimos que esta gente*
*se reproduzca como monos*
*para aumentar las cargas de nuestra patria,*
*cuando solo deberíamos reproducirnos los mejores?*

*Oh, vosotros, hombres sabios, asumid la carga,*
*y haced de este vuestro credo más claro:*
*¡esterilizad a los inadaptados pronto,*
*a todos los que no sean aptos para engendrar!*
*Entonces nuestra raza se verá fortalecida y mejorada,*
*y nuestros hombres y mujeres serán bendecidos;*
*no serán simiescos, repulsivos ni necios,*
*porque los mejores engendrarán a los mejores.*

Joseph S. DeJarnette
Director del Hospital Estatal Occidental y eugenista estadounidense

Uno apenas puede escapar de la convicción de que la inteligencia del inmigrante medio de tercera clase es escasa, quizás de tipo idiota.

Doctor Henry Goddard
Psicólogo y eugenista estadounidense,
fundador del programa para la evaluación de la inteligencia
en la isla de Ellis

**Eugenesia:** vocablo formado a partir de las palabras griegas 'bien' y 'nacido'.

Nadie, ni siquiera los residentes vivos más ancianos del pueblo, recuerda el verano en el que equipos de investigadores llegaron para practicar pruebas de inteligencia y preguntar por la genealogía de la gente. Tomaban notas y decían poco. Nadie sabía que estaban leyendo sus historiales médicos, que estaban documentando sus historias familiares, que estaban cribando a sus hijos, cónyuges y abuelos en busca de «defectos» hereditarios inferidos que incluían el pauperismo, la «inmoralidad» y la «deficiencia mental». Nadie sabía que el pueblo ya estaba considerado como

«un nido de degenerados», con habitantes que eran «socialmente ineptos», por los seguidores de una pseudociencia llamada eugenesia, un movimiento que buscaba identificar a personas con rasgos «inferiores» como un primer paso hacia la purificación del mapa genético. Las pruebas tenían que realizarse «con discreción y sin que los residentes supieran qué estaba pasando o de qué iba todo aquello», como se leía en una de las directivas de la época. [Este estudio] era parte de una campaña para promover la esterilización, segregación de las razas, reproducción selectiva y restricciones de inmigración; una campaña con el liderazgo y el apoyo generalizado de los académicos de Harvard y otras prominentes universidades y facultades de Nueva Inglaterra.

Welling Savo,
«The Master Race». Boston Magazine
**https://www.bostonmagazine.com/2006/05/15/the-master-race/**

---

El mayor problema era la entrada de emigrantes..., indeseada basura humana... del extranjero, que degradaban la buena raza pionera por medio de los matrimonios endogámicos...

Leon Whitney,
*The Case for Sterilization* (1934)

---

No podemos tener demasiada inmigración del tipo adecuado y no deberíamos tener ninguna del tipo inadecuado.

Presidente Theodore Roosevelt (1905)

---

Unas palabras en cuanto a los deficientes mentales. No solo es probable que se conviertan en una carga pública para la comunidad, sino que también

es probable que se unan a las filas de las clases delincuentes. Además, puede que tengan descendientes con deficiencia mental. Ahora es el momento de tomar mayores precauciones para diferenciar entre los inmigrantes buenos y los malos... Esto solo será posible cuando los parásitos que vienen aquí sin ningún propósito de convertirse en una fuerza productiva sean retenidos y no se les permita llenar nuestras congestionadas ciudades. Muchos niños menores de cinco años vienen aquí, y es probablemente correcto decir que nada más que unas pesquisas sobre su legado permitirán al Gobierno determinar si serán deficientes mentales cuando crezcan.

William Williams
Inspector de inmigración en la isla Ellis

Este libro es mi Biblia.

Adolf Hitler,
en una carta de admiración a Madison Grant,
eugenista supremacista estadounidense y autor del libro
*The Passing of the Great Race*

# CAPÍTULO 1

**Isla de Ellis**
***31 de mayo de 1928***

Magdalena Conti notó que un sudor frío se le deslizaba por el cuello cuando vio lo que hacían los soldados. Si hubiera sabido los peligros que le esperaban ahí, al otro lado del Atlántico, se habría arriesgado a quedarse en su hogar. Pero estaba atrapada, rodeada de gritos desgarradores de madres aterrorizadas, de chillidos de niños, de exabruptos de hombres y de sollozos de mujeres. Todos esos sonidos reverberaban en el edificio inmenso, rebotaban en los techos abovedados y pasaban por los barrotes de hierro de las puertas cerradas como una tormenta imparable. Como si el caos de miles de personas desesperadas hacinadas en un espacio enorme y sofocante no fuera ya malo por sí solo, flotaba en el aire, como una niebla invisible, un hedor rancio a sudor y a miedo; Magdalena, nerviosa, sentía la mente perdida en un caos al que se añadía el de los baúles y las maletas que arrastraban por el pavimento de madera, el de los pies que al restregarse contra el suelo levantaban una polvareda y el de las voces que gritaban y murmuraban en cientos de idiomas diferentes..., o esa impresión le daba.

¿Cómo era posible que solo unas horas antes hubiese ansiado desembarcar? ¿Cómo era posible que no hubiese visto la hora de abandonar los confines fétidos de la bodega de tercera clase para poner los pies en las orillas esplendorosas de los Estados Unidos? Quizá los rumores fueran

ciertos... Quizá la isla de Ellis fuese en realidad la isla de las lágrimas. Quizá los estadounidenses seguían reteniendo a los «extranjeros enemigos», como habían hecho durante la Gran Guerra, o quizá habían vuelto a la práctica de colgar a los piratas, a los delincuentes y a cualquier persona que considerasen una amenaza. Quizá los soldados estaban sacando inmigrantes por la parte de atrás para ejecutarlos. En ese momento, cualquier cosa le parecía posible.

Un poco más allá, un soldado de gesto severo, sentado tras un mostrador alto, interrogaba a sus compañeros de pasaje antes de enviarlos a que les hicieran un reconocimiento médico exhaustivo. Otro soldado separó de un muchacho joven a una mujer frágil que se apoyaba en un bastón y se la llevó con brusquedad. Un tercer soldado sujetó a un hombre y a una anciana que se esforzaba por recuperar el aliento y desapareció con ambos por un pasillo mal iluminado. Otros dos sacaron a toda una familia de la fila sin hacer ningún caso de las peticiones frenéticas de los padres ni de sus preguntas llenas de angustia. A veces un militar arrancaba a un bebé de los brazos de su madre y se llevaba a la criatura al tiempo que se arrastraba a los padres en dirección opuesta mientras ellos trataban de seguir unidos, alargando los brazos, gritando y luchando con desesperación para que no los desperdigasen. Separaban también a maridos y esposas, que, confusos, se esforzaban por liberarse. Muy a menudo los soldados escribían letras con tiza blanca sobre el abrigo de los inmigrantes (C, H, X, N, P, L, S) antes de enviarlos a otra zona.

Nadie conocía el significado de tales letras.

Nadie sabía a dónde se llevaban a los hombres, las mujeres y los niños, ni por qué.

Mientras intentaba no sucumbir al pánico, Magdalena bajó la mirada hacia su hija de dos años, Ella, a quien llevaba atada contra el pecho con un chal rojo. Posó una mano protectora sobre el gorro de punto que le cubría la cabeza. Era bajita para su edad, en parte porque la malnutrición dejó sin leche a su madre al poco de que naciese. La criatura, cansada e inquieta, levantó la vista; se le veía en la cara el hambre casi constante que había sufrido durante esa primera época de su vida. Magdalena se esforzó al máximo en dedicarle a su hija una sonrisa reconfortante y tarareó una nana con voz temblorosa. Si los soldados intentaran llevarse a Ella, tendrían que arrancarle los brazos a Magdalena para conseguirlo.

Le habían contado historias trágicas que cruzaban el océano y que hablaban de madres afligidas que habían perdido a su bebé por enfermedades contagiosas que habían contraído mientras pasaban el periodo de cuarentena en la isla de Ellis. También circulaban rumores de maridos o esposas que se quedaban sin su cónyuge por el mismo motivo. Había oído hablar de padres que al fin habían ahorrado dinero suficiente para conseguir que su familia se reuniera con ellos en los Estados Unidos para perder a sus hijos durante la travesía o llorar por bebés a los que ni siquiera habían conocido aún. Pero no se había imaginado que separasen a las familias de modo intencionado ni que fueran capaces de arrancar a los bebés de los brazos de su madre.

Resultaba obvio que había cometido una equivocación espantosa.

Pero ¿qué otra opción tenía?

El país que había amado desde pequeña ya no existía. Alemania no se había recuperado aún de las consecuencias de la guerra; demasiados hombres reclutados y asesinados, demasiados civiles hambrientos, demasiada tierra saqueada. Los hombres que habían sobrevido habían quedado a la deriva, sin trabajo, hambrientos y amargados, y la economía seguía sufriendo los efectos de una inflación descontrolada. Durante años, su familia y ella habían sobrevivido compartiendo media taza de leche al día, y la mayoría de sus comidas se componían de patatas y nabos. Había tratado de convencer a su madre para que abandonaran la ciudad y se mudaran al campo, donde podrían tener gallinas y un huerto, pero no disponían de capital con el que comprar una casa o tierras, y, de todos modos, *Mutti*[1] no sabía nada de agricultura ni de la cría de gallinas.

En los Estados Unidos, las oportunidades eran infinitas. Cualquiera podía pasar con facilidad de la pobreza a la riqueza. Y por eso se había subido al barco: porque habría hecho cualquier cosa para asegurarse de que su hija nunca volviera a pasar hambre. Pero la posibilidad aterradora de que la separasen de Ella nunca había se le había pasado por la mente. En ese momento, ese miedo eclipsaba todo lo demás.

Dentro del edificio parecía hacer más calor a cada minuto que pasaba. Además de sentir que se estaba asando, a Magdalena le dolían los pies y las piernas, y Ella le pesaba cada vez más. Haciendo esfuerzos por no

1 N. de la Ed.: En alemán, 'mamá'.

hiperventilar, buscó con la mano el apoyo del brazo de su hermano para no caerse y para recordarse que no estaba sola.

Enzo bajó la vista hacia ella con una sonrisa insegura. Tenía los ojos castaños cargados de agotamiento y de miedo. A pesar de que el estómago, como a todos los demás, se le había retorcido de hambre muchas más veces de las que hubiese querido, a sus catorce años el chico ya era más alto que ella y que *Mutti*, y su presencia silenciosa y estoica siempre conseguía que Magdalena se sintiera protegida. Incluso con el baúl de madera apoyado sobre un hombro se erguía recto como un árbol, como si aquel arcón maltrecho que contenía sus pocas pertenencias no pesase nada.

❃❃❃

*Mutti* también la hacía sentirse a salvo, pero había envejecido muchísimo durante los tres años que siguieron a la muerte de *Vater*[2] por fiebre tifoidea y parecía que tenía los hombros vencidos por el peso de la carga que acarreaba. Magdalena era reticente a apoyarse en ella en busca de consuelo para no ser una carga más, sobre todo tras haberle hecho pasar la vergüenza de que su hija de diecisiete años se quedase embarazada sin estar casada. ¡Oh, cómo las habían criticado las vecinas durante la espera interminable de que aprobaran su viaje a los Estados Unidos! Y qué tonta había sido Magdalena al creer las promesas de aquel oficial británico que le había jurado que la llevaría a su patria para que conociese a su familia y pudieran casarse. Incluso le había asegurado que podría enviarle dinero a *Mutti* después de la boda.

Tendría que haber sabido que el oficial Jonathan Dankworth era demasiado bueno para ser verdad cuando acudió a rescatarla el día en que a su carretilla se le salió una rueda en la plaza del pueblo, traqueteó por los adoquines y se detuvo cerca de una bota de él. Había temido una reprimenda, pero, a diferencia del resto de los soldados ingleses, quienes aún trataban a los ciudadanos como si fueran el enemigo, se había ofrecido con educación a ayudarla. Parecía preocupado de verdad por ella, o eso pensó Magdalena. Después de fracasar en sus intentos de reparar la rueda, insistió en portar la carretilla, y el cargamento de prendas para coser que

2 N. de la Ed.: En alemán, 'padre'.

contenía, de vuelta a su casa, a pesar de que ella vivía a unas veinte manzanas de distancia. Para cuando llegaron a su edificio, la había persuadido de que se encontrara con él cerca del río esa noche, donde la estaría esperando en un banco del parque con vino, quesos de importación y galletas de mantequilla británicas. Al principio, aceptó la invitación porque el estómago le rugió ante la mención de queso y galletas de mantequilla, y porque hacía una eternidad desde la última vez que había bebido vino, pero, sentados junto al río durante horas bajo la luz de la luna, acabó por conquistarla con su sonrisa fácil, su inteligencia y su buena disposición para considerarla una igual; además, tenía un mentón muy masculino y unos ojos azules que relucían como la plata. Durante los siguientes tres meses, él le profesó su amor, obsequió a su familia con más provisiones de las debidas y prometió rescatarla de la pobreza devastadora de la Alemania de posguerra. Para cuando se percató de que estaba embarazada, él ya se había marchado... de vuelta con su mujer y sus hijos, según le dijeron sus compañeros.

Tuvieron que pasar semanas antes de que el dolor se transformara en rabia y la rabia, por fin, en gratitud por haberse librado de un hombre que había resultado no ser más que un embustero y un farsante. Al menos había conseguido que aprendiera más inglés que en sus ocho años de escuela. Y, sin duda, siempre le estaría agradecida por Ella, que era su razón para vivir. Le ayudaba saber que era él quien había salido perdiendo: nunca vería los hoyuelos que le salían a su hija al sonreír ni se enamoraría de sus deditos diminutos. Nunca la oiría reír ni tendría ningún recuerdo de ella. La alegría maravillosa de ser progenitor de Ella le pertenecía por completo a Magdalena, y eso era algo que él nunca podría arrebatarle.

❃❃❃

Magdalena se quedó mirándole a *Mutti* el rostro macilento y pálido, y el temor que su madre albergaba en los ojos castaños provocó que las piernas, ya agotadas, comenzaran a temblarle. Por primera vez en los catorce días que hacía desde que abandonasen su hogar, *Mutti* no solo estaba cansada y enferma. Había algo más. Parecía asustada.

—¿Te encuentras bien, *Mutti*? —preguntó Magdalena.

—Estoy bien, Lena —dijo *Mutti*, y el apodo familiar fue otro recordatorio reconfortante de que Lena y Ella no estaban solas—. *Bitte,* no te

preocupes por mí. —Le tocó la cabecita a su nieta con gesto amoroso—. Tú solo sujeta con fuerza a nuestro *kleine Engel,* nuestro angelito.

Lena asintió, le temblaba la barbilla. Proteger a su hija era lo más importante del mundo, pero también le preocupaba *Mutti.* Ya llevaban horas esperando, primero en el barco, luego en las barcazas y después en la fila. Sí, se acercaba su turno, por eso veían a qué se debía tanta conmoción. *Mutti* parecía peor a cada minuto que pasaba. Se había mareado tanto en el barco que no había podido hacer nada más que dormir y beber sorbos de agua fría, y solo pareció revivir cuando anclaron en el puerto de Nueva York. Lena y Enzo también se habían mareado, sobre todo durante la tormenta de dos días que había hecho que el barco se bambolease como si fuera de juguete, crujiera y se meciese. Pero no estuvieron tan enfermos como *Mutti*, quien había sido incapaz de levantar la cabeza de la almohada durante la mayor parte de la travesía.

Lena le había enjugado el sudor del rostro y la había sostenido mientras vomitaba, con preocupación constante ante la posibilidad de perderla..., una posibilidad que no se le había ocurrido cuando emprendieron la marcha. Pero cuando un anciano murió en una de las literas, esa idea aterradora le envenenó la mente. Hubo un momento en el que el tiempo estaba tan revuelto que cerraron con llave las puertas de acceso a tercera clase para evitar que los pasajeros subieran a cubierta y se cayeran por la borda. Lena estuvo segura entonces de que todos iban a morir allí. Por suerte, la tormenta pasó rápido y Ella se encontró bien, aparte de que estaba inquieta y hambrienta... una y otra vez.

Pero en esos momentos Lena miraba a su alrededor: a los pasajeros agotados y temerosos de las otras filas, a los hombres sin afeitar que portaban baúles sobre la cabeza o los hombros, a las mujeres con faldas bordadas y a las abuelas rusas que cargaban en brazos o llevaban de la mano a niños pequeños. Muchos susurraban plegarias desesperadas. Todos los rostros aparecían demacrados por el hambre. Tantas almas indefensas y esperanzadas, amontonadas y nerviosas, con prendas que hedían a tercera clase y a vómito. ¿Quién sabía lo que habrían sufrido antes de embarcar? ¿Quién sabía nada de sus pérdidas, de las atrocidades o adversidades que habrían tenido que soportar antes de decidirse a emigrar a los Estados Unidos? Y al llegar, por si fuera poco, tenían que pasar por la preocupación de verse separados de las personas a las que más querían. Como si

nada de eso fuera lo bastante difícil y confuso, por alguna razón injusta a los pasajeros de primera y segunda clase se les había permitido desembarcar directamente en Manhattan, mientras que a los de tercera los sacaron del barco, los metieron en barcazas y los enviaron a la estación de inspección de la isla de Ellis, donde los colocaron en filas para examinarlos como si se tratase de ganado.

Antes de volver a mirar hacia delante, Lena se encontró con la mirada turbada de una mujer embarazada de otra fila que llevaba a un pequeñín de pelo rizado atado contra el pecho con una bufanda gris andrajosa. Los ojos enfebrecidos e inyectados en sangre de la joven madre reflejaban todo lo que Lena sentía: cada esperanza y cada miedo, todos los sueños imposibles y todas las pesadillas posibles. Examinó a las personas que rodeaban a la chica en busca de otro miembro de la familia, un marido o una madre, pero parecía estar sola. Con suerte habría ido a reunirse con alguien en los Estados Unidos, alguien que cuidaría de ella y de sus hijos. Lena se acordó de los estafadores contra los que la habían advertido, rufianes que elegían a sus víctimas entre las mujeres inmigrantes que viajaban solas y les ofrecían una habitación en una casa de huéspedes y un trabajo en un buen hogar cristiano, pero en realidad esas mujeres acababan trabajando como sirvientas sin salario o, peor aún, obligadas a venderse. Se sintió impelida a invitar a la joven madre a unirse a ella y a su familia. Entonces la mujer se quedó mirando a Ella con ojos entrecerrados y Lena desvió la vista, preocupada de repente por si la extraña sabía que ella no tenía marido... y que había llegado a los Estados Unidos de manera fraudulenta.

Era absurdo, claro. Era imposible que alguien pudiera saber que el hombre que había accedido a contratar a *Mutti* y a Enzo no tenía ni idea de que ella y su hija también habían ido. Nadie más lo sabía. Podía sentir el peso leve de la bolsa de cuero que llevaba al cuello colgada de un cordón, escondida bajo el vestido de campesina, dos blusas, un suéter y un abrigo de lana, prendas todas que había llevado puestas desde que salieron de Bremerhaven. *Mutti* también portaba una bolsa similar debajo de la ropa, un saquito del tamaño de un buñuelo que contenía la otra mitad del poco dinero que les quedó después de vender todo lo que poseían para comprar el billete de Lena. Les habían aconsejado que llevaran dinero suficiente para demostrar que no acabarían mendigando en las calles, pero no tenía

ni idea de si unas docenas de *Rentenmarks* serían suficientes, puesto que la nueva moneda alemana solo llevaba en circulación unos años. Antes del cambio de divisa, dos mil millones de *Papiermarks* apenas llegaban para comprar una hogaza de pan, de modo que la gente había quemado el dinero antiguo en la estufa para calentarse. No había modo de saber si el nuevo marco tenía algún valor en los Estados Unidos. Con suerte, el contenido de esas bolsas sería suficiente, porque, aparte de la ropa que los cubría, las bolsas que portaba cada uno, varias ollas y sartenes, el costurero de *Mutti*, una colcha cosida a mano y otras posesiones de valor sentimental que iban dentro del baúl viejo de madera, ese dinero era todo lo que poseían.

Justo entonces la fila avanzó y el movimiento la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos. Pronto se encontrarían delante del soldado severo apostado tras el mostrador. Delante de ellos, una pareja con una niña pequeña se acercó al militar. Este le echó un vistazo a la niña y llamó a un compañero con un gesto. La madre sujetó a su hija por los hombros y, frenética, negó con la cabeza.

—*No, per favore!* —exclamó mientras retrocedía—. ¡No!

Su marido se situó delante del soldado con los brazos abiertos, preparado para proteger a su familia.

—*La bambina resta con noi* —declaró con voz dura.

—*Il bambino e malato* —dijo el soldado pronunciando las palabras italianas a tropezones—. *Ha bisogno di cure mediche. Capisci?* —Y añadió en inglés—: Está enferma. Tiene sarampión. La trataremos en el hospital, pero si no pagan ustedes el tratamiento la enviaremos de vuelta a casa. ¿Entienden?

El marido puso cara de pena y asintió. Se volvió hacia su esposa, le habló en voz baja y luego se apartó. Con lágrimas en los ojos, la mujer se arrodilló, le acarició una mejilla a la niña y le susurró al oído. La niña gritó y rodeó con los brazos a su madre, quien la abrazó durante un instante antes de incorporarse y llevarla hacia el soldado que esperaba. Cuando este la tomó de la muñeca y se la llevó, la niña chilló y se esforzó por liberarse.

—*Voglio andare con mia mamma!* —lloraba.

—No —negó el soldado—. Tienes que venir conmigo.

—*Va tutto bene* —le gritó la madre—. *Ci rivedremo presto, amore mio*.

Y luego se derrumbó entre sollozos en los brazos de su marido. Al cabo de unos segundos, otro soldado apareció y se llevó a los padres en otra dirección. La madre enterró el rostro entre las manos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Enzo.

*Mutti*, quien entendía el italiano mejor que sus hijos, puesto que se había casado con un hombre de esa nacionalidad, se lo explicó.

—Ha dicho que la niña está enferma y necesita atención médica. Creo que tenía un sarpullido en la cara.

El intercambio le recordó a Lena que, aunque *Mutti* hablaba italiano y alemán, no sabía apenas nada de inglés. Y Enzo incluso menos. Ya que estaban allí, en los Estados Unidos, tendría que enseñarles el idioma.

Estaba decidida a mostrarse fuerte y rebosante de salud a pesar de que acababa de pasar días y noches interminables en las entrañas de un barco infestado de ratas cuidando a su hija, a su madre y a su hermano con poca comida, menos horas de sueño y miles de pasajeros enfermos y hediondos en tercera clase. Por eso se soltó del brazo de Enzo, se irguió más y se frotó los ojos para limpiarse la humedad y las legañas. Notaba que los tenía hinchados por el agotamiento y el aire viciado. Se retiró de la cara los mechones de cabello sucio con la esperanza de, a pesar de su poca estatura, aparentar tener más de diecinueve años. En ese momento le hacía más falta que nunca parecer fuerte y capaz, aun cuando se sintiera aterrorizada. La pequeña Ella la necesitaba. *Mutti* y Enzo la necesitaban también.

Le quitó el gorro a su hermano, le retiró el flequillo sudoroso de la frente, volvió a colocarle el gorro y le alisó el abrigo, y le enderezó el cuello del abrigo a *Mutti*. Después de todo lo que habían sufrido y todo lo que habían perdido, no podían separarse. Sí, tenían que mantenerse juntos. Y entonces se le ocurrió otra cosa y sintió un escalofrío. ¿Y si les negaban la entrada en el país? ¿Y si los deportaban por alguna razón peregrina? No tenían nada a lo que volver: ni hogar, ni trabajo, ni dinero.

Apenas podía creer que lo hubiesen hecho, que hubieran vendido sus escasas posesiones y hubieran llegado hasta allí. Nunca olvidaría cuando salió de su pisito por última vez, cuando miró desde el umbral el lugar al que siempre había llamado hogar mientras intentaba recordarse que nada había sido lo mismo desde que *Vater* murió: ni su madre, ni su hermano, ni ella misma. A veces se preguntaba si *Mutti* había querido abandonar Alemania para huir del dolor de su corazón roto.

Solo que mudarse al otro lado del océano no le repararía el corazón partido a *Mutti* ni le pondría fin a su tristeza. Tanto la madre como Lena y Enzo llevarían en el alma durante el resto de su vida la desdicha, la agonía horrible e insoportable de perder a *Vater*, daba igual dónde fueran. Después de la pena, el hambre y el dolor de verse abandonada por el padre de Ella, Lena había supuesto que estaba más que preparada para empezar una nueva vida en un lugar nuevo. Pero en ese momento, en la isla de Ellis, donde se rompían los sueños y las familias quedaban destrozadas, echaba de menos con desesperación la cocina diminuta con el horno de leña y la mesa, el dormitorio aún más diminuto que compartía con Ella, las calles empedradas y el sonido de las campanas de la catedral entrando por la ventana.

Por millonésima vez, o eso le pareció, se esforzó en alejar el dolor vano de la nostalgia por su hogar. No tenía sentido anhelar algo que no podía tener. Habían tomado la decisión de marcharse a los Estados Unidos y eso era todo. Por no mencionar que habían pasado meses antes de que el hombre que había accedido a contratar a Enzo y a *Mutti* pudiera comprarles el billete. «Todo será mejor en los Estados Unidos —había dicho *Mutti*—. Tendremos trabajo estable y ya no tendréis que pasaros los días recogiendo carbón junto a las vías del tren ni rebuscar en la basura en busca de comida. Nunca más seremos pobres ni pasaremos hambre».

Quería creer en las palabras de su madre, pero en esos momentos le resultaba imposible. ¿Y si su benefactor estadounidense se negaba a acogerlas a ella y a su hija?

Antes de que se diera cuenta les llegó el turno. Se acercó al soldado de detrás del mostrador alto con los nervios a flor de piel. Con la placa, las tiras de cuero negro que le cruzaban el pecho del uniforme y el rostro con barba canosa, el soldado resultaba aún más intimidante de cerca. Su identificación rezaba: «Agente de Inmigración».

—Nombre, número y nacionalidad —espetó sin levantar la vista del portapapeles.

—Magdalena Sofía Russo Conti —dijo Lena—. Número 527. Alemana e italiana. —Posó una mano sobre Ella—. Y esta es mi hija, Ella Gianni Conti, número 526, alemana. Esta es mi madre, Katrina Paulina Conti, número 528, alemana. Y mi hermano, Enzo Nikolas Conti. Número 529, alemán e italiano.

El agente levantó la vista con el ceño fruncido para escudriñarla con sus gafitas redondas.

—¿Su madre y su hermano no saben hablar?

—*Nein* —negó ella—. Quiero decir, *ja*. Sí. —Se encogió por dentro y se regañó por no hablar con claridad—. Lo siento. Pensé que sería mejor que yo hablara por ellos. Todavía están aprendiendo inglés y...

El agente levantó una mano.

—Tarjetas de inspección y documentación.

Mientras sacaba los documentos del bolsillo del abrigo, Lena tradujo para *Mutti* y Enzo, que le tendieron sus tarjetas y documentos.

—¿Nació en Italia? —preguntó el agente mirando a Lena.

—Sí. Nos mudamos a Alemania cuando yo tenía un año.

—¿Es judía?

—No —respondió ella.

—¿Macho o hembra? —preguntó el agente.

Lena enarcó las cejas.

—¿Yo?

El agente asintió.

—Hembra —afirmó.

—¿Profesión?

—Mi madre y yo cosemos y nos encargamos de la colada. En los Estados Unidos esperamos...

—¿Dónde está el padre de la niña?

Durante un segundo pensó en decir la verdad, que las había abandonado, pero ser honesta sobre su situación era un riesgo demasiado grande. Y el padre de Ella bien podría estar muerto.

—Falleció.

—Y no estaban casados. —No era una pregunta.

Tragó saliva. ¿Cómo lo había sabido? Entonces recordó que seguía llevando el mismo apellido que su madre.

—Murió antes de la boda.

Con una mueca de desaprobación, garabateó algo en una hoja de papel y luego volvió a mirarla.

—¿Sabe leer y escribir?

—Sí.

Apretó los dientes. ¿Por qué le hacían tantas preguntas? Ya había pasado por un proceso de selección varias veces, antes de salir de Alemania y de nuevo en un puesto de control antes de subir a la barcaza hacia la isla de Ellis. Varios inspectores habían subido a bordo del barco usando unas escalas de cuerda para buscar síntomas de viruela, fiebre amarilla, cólera, peste y lepra. Una vez que el barco hubo pasado la inspección, llegaron más agentes para hacer más preguntas antes de que pudieran atracar.

—¿Último lugar de residencia?

—Beckingen, Alemania.

—¿Destino final?

—Virginia.

—¿Qué ciudad?

Se volvió hacia su madre.

—¿A dónde vamos? ¿A qué ciudad?

*Mutti* se aclaró la garganta y dijo en un inglés entrecortado:

—Old Rag Mountain.

El agente escribió el nombre y miró de nuevo a Lena.

—¿Tiene un patrocinador?

Lena frunció el ceño, confusa ante la palabra que él había usado.

El hombre suspiró.

—¿Algún amigo o pariente va a reunirse con ustedes aquí?

Ella asintió.

—Sí. Un primo de mi madre.

—¿Cómo se llama esa persona y dónde vive?

—Se llama Silas Wolfe. Vive en Virginia, en... —volvió a mirar a su madre con inseguridad, pero lo recordó— Old Rag Mountain.

—¿Ha estado antes en los Estados Unidos?

Sacudió la cabeza:

—No.

—¿Ha venido aquí por una oferta, petición, promesa o acuerdo, ya sea expreso o implícito, de trabajo en los Estados Unidos?

—No estoy segura de qué me está preguntando...

—¿Le han prometido u ofrecido un empleo en este país?

—Sí. Mi hermano trabajará para el señor Wolfe y mi madre y yo cuidaremos de la casa y de los niños.

—¿Dónde está su esposa?

—Murió.

—¿Es usted polígama?

Lena volvió a fruncir el ceño.

—Infiel —le aclaró el agente—. Una adúltera, una persona que rompe las leyes del matrimonio.

Sabía lo que significaba ir contra la ley.

—No.

—¿Es usted anarquista?

—¿Disculpe? —preguntó con las cejas enarcadas.

—¿Es alborotadora?, ¿una persona que no sigue las reglas?

—No.

—¿Ha pagado su propio billete o lo compró alguna otra persona, una empresa, alguna sociedad, municipalidad o Gobierno? Si es así, ¿quién lo compró?

—El señor Silas Wolfe compró el billete de mi madre y el de mi hermano —dijo ella—. Nosotros pagamos el mío.

—¿Posee una cantidad mínima de veinticinco dólares?

—Tenemos treinta y cuatro marcos alemanes.

—¿Entre todos?

—Sí.

El agente soltó un bufido.

—Espero que se dé cuenta de que esa cantidad es inferior a diez dólares estadounidenses.

Notó que el miedo le retorcía las tripas. ¿Iban a rechazarlos porque no tenían suficiente dinero? Asintió, no muy segura de qué decir.

—Su patrocinador tendrá que presentarse ante el Consejo de Investigación para firmar los documentos que atestiguan que tiene trabajo para ustedes —declaró el agente—. ¿Lo entiende?

Sintió otro ramalazo de pánico en el pecho. ¿Cómo iba a demostrar el señor Wolfe que tenía trabajo para ella cuando ni siquiera sabía que estaba allí?

—¿Lo entiende? —repitió el agente—. No se le permite la entrada a nadie que vaya a convertirse en una carga pública. No toleraremos que se conviertan en una carga para los Estados Unidos.

Lena asintió.

Cuando terminó de interrogarla a ella, comenzó con Enzo. Lena se encargó de traducir.

—Creía que había dicho que él hablaba inglés —observó el agente.

—Solo un poco —admitió—. Pero está aprendiendo.

Enzo se encogía de hombros al oír algunas preguntas y parecía azorado ante otras. Lena hizo lo que pudo para explicárselo todo. En algunas ocasiones respondió por él.

—¿Cuántas patas tiene un gato? —preguntó el agente.

Ella le tradujo.

—Esa es una pregunta estúpida —le dijo Enzo en alemán.

—Vamos, responde —lo instó.

El agente dejaba ver su irritación.

—¿Es deficiente mental?

—No entiendo lo que...

—¿Es idiota? ¿Es un tarado? ¿Está loco?

No estaba segura de lo que significaban esas palabras, pero advertía por el tono del hombre que no auguraban nada bueno.

—No —afirmó—. Trabajaba entregando telegramas en Alemania y...

—Cuatro —dijo Enzo en inglés. Levantó cuatro dedos y miró al agente con rabia.

—El Consejo de Investigación tendrá que interrogarlo más a fondo —les advirtió el agente. Rodeó el mostrador y marcó el abrigo de Enzo con una x de tiza—. Asegúrese de que no se lo borra.

—¿Por qué? ¿Qué significa?

—Significa que hay que hacerle un interrogatorio más exhaustivo —repitió el agente—. El único modo de mantener puros los Estados Unidos es examinar a los inmigrantes para deshacernos de los linajes defectuosos.

Lena sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero sigo sin entender.

—No tengo tiempo de explicarlo. Hay otros esperando. —Se fijó en *Mutti*—. ¿Su madre está enferma?

—No. Estuvo indispuesta en el barco, pero ya se encuentra mejor.

El agente parecía indeciso.

—¿Qué le pasaba?

—Se mareó mucho con las olas.

Aparte de hacerle las mismas preguntas que a Lena y a Enzo, le preguntó a *Mutti* cuánto tiempo había estado casada, si tenía más hijos, si había tenido desacuerdos con su marido y si se habían llevado bien. A Lena le dolió la expresión herida que le apareció a su madre en el rostro cuando le tradujo aquellas pesquisas ridículas. ¿Por qué era importante su relación con *Vater*? Su pobre padre estaba muerto y enterrado a seis mil kilómetros de distancia, frío y solo en el cementerio que había junto a la iglesia de piedra donde bautizaron a Lena y a Enzo nada más nacer.

Para terminar, el agente les entregó a cada uno una etiqueta colgada de un cordel donde se especificaba su nombre, el del barco, el número de pasajero y el destino.

—Pónganse estas tarjetas en la ropa, donde podamos verlas —les ordenó.

En inglés y en nueve idiomas más, la parte de atrás de la tarjeta decía: «Cuando desembarquen en Nueva York, esta tarjeta se adherirá al abrigo o vestido del pasajero en un lugar bien visible».

Lena amarró una etiqueta en un botón del abrigo de Ella y otra en el suyo propio, mientras que *Mutti* y Enzo se las ataban el uno al otro.

—Pasen hasta el médico que está detrás de mí —indicó el agente.

Lena miró al soldado que estaba detrás y luego lo volvió a mirar con perplejidad.

—No veo médicos.

—Esos hombres son cirujanos militares —aclaró—. Médicos. Ahora muévanse. Ellos les dirán qué hacer a continuación.

Por primera vez se percató de que los tipos de detrás del hombre del mostrador llevaban un uniforme diferente. Después de explicárselo todo a *Mutti* y a Enzo, los tres se acercaron al primer médico. Cuando estaban a unos tres metros, este levantó una mano para indicarles que se detuvieran. Luego señaló a Lena y a Ella.

—Usted primero —ordenó—. Deje a la niña en el suelo y haga que ande.

Una temblorosa Lena desató a Ella del chal con ayuda de *Mutti* y la depositó en el suelo; cuando el peso del cuerpecillo tibio le abandonó el pecho sintió un vacío espantoso en el corazón. ¿Y si uno de los soldados agarraba a Ella y se la llevaba?

La pequeña alargó los brazos hacia Lena entre llantos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Avance —dijo el médico. Le hizo un gesto a Lena para que fuera hacia él—. La seguirá.

—No pasa nada —le dijo Lena a Ella—. No llores. Ven conmigo y volveré a tomarte en brazos.

Mirando por encima del hombro para asegurarse de que Ella la seguía, Lena se acercó al médico. Sentía que las piernas y los brazos le temblaban. Ella anduvo tras ella sin dejar de llorar.

El médico las examinó mientras caminaban, estudiándolas de pies a cabeza con mirada crítica. Cuando Lena llegó hasta él, él le dijo que alargara las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Tiene alguna deformidad? ¿Tiene dedos torcidos o miembros artificiales?

Sacudió la cabeza en señal de negativa.

El hombre le dedicó una rápida mirada a las manos y le pidió que les diera la vuelta.

—¿Ha estado en compañía de alguien que padeciera cólera, peste, viruela, lepra o tifus?

Algunas de las palabras no le resultaban familiares, pero comprendió «tifus».

—No —respondió.

Su hija le daba tirones del dobladillo del abrigo con el rostro húmedo y congestionado.

—Aúpa, mamá, aúpa.

—Desabróchese el cuello, por favor.

Lena se abrió el abrigo, se desabrochó un poco el suéter y las dos blusas, y por fin se desabotonó el cuello de su vestido de campesina.

El médico le palpó debajo de la mandíbula antes de indicarle que mirase hacia abajo mientras le examinaba el cuero cabelludo. Una vez terminó, le pidió:

—Levante a la niña.

Tras examinar a Ella, las envió hacia el siguiente médico, quien sostenía un objeto parecido a un abrochador.

—Tiene que estarse muy quieta mientras le examino los ojos —dijo el segundo médico al tiempo que le apoyaba una mano en la mejilla a Lena.

El olor a desinfectante le inundó las fosas nasales cuando el médico le pellizcó un párpado entre los dedos pulgar e índice, colocó el borde del abrochador bajo el párpado y lo volvió del revés. Apenas pudo reprimir un grito de dolor. Tuvo la sensación de que le estaban arrancando el párpado. Tras haberle examinado ambos ojos, se limpió los dedos en una toalla que llevaba sobre el hombro, tomó un trozo de tiza y le marcó el abrigo con las letras TC.

—¿Qué significa? —inquirió, tocándolas.

—No las toque —mandó el médico con tono severo—. Puede que tenga tracoma, de modo que necesita pasar otra inspección para que decidamos si la tratamos o la enviamos de vuelta a su casa.

—Pero a mí no me pasa nada —repuso ella—. Estoy fuerte y sana.

—Es posible que tenga un problema en los ojos —puntualizó él—, una enfermedad grave que podría provocar que se quedara ciega.

A Lena se le revolvió el estómago. Entendía lo que significaba la palabra «ciega». Pero sabía que no le pasaba nada. Solo estaba agotada y llevaba dos semanas llorando o a punto de llorar. No era de extrañar que tuviera los ojos inyectados en sangre y los párpados hinchados.

—Y ahora su hija —ordenó el médico.

Lena levantó a Ella en brazos.

—Sujétela bien, que no se mueva. Sujétele las manos.

A regañadientes, Lena le sujetó los brazos a los costados y el médico le examinó los párpados con el abrochador. Ella chilló de terror y dolor, se retorcía para que la soltara, y Lena se esforzó por no llorar. Tan pronto como el examen terminó, soltó a la niña y la besó en la frente.

—No llores. Ya está. Estás bien.

Entonces, para mayor horror de Lena, el médico señaló a la izquierda.

Un soldado la tomó del brazo y comenzó a llevársela de allí. Se negó a moverse.

—¿A dónde me lleva? —protestó—. ¡Tengo que quedarme con mi familia!

Volvió la cabeza hacia donde *Mutti* y Enzo la miraban indefensos. Cuando el segundo médico le hizo un gesto a *Mutti* para que avanzara, esta hizo lo que le indicaban mientras clavaba los ojos aterrorizados en su hija.

Lena sintió que el miedo se le extendía por el pecho como el fuego. La estaban separando de su familia, *Mutti* y Enzo se alejaban cada vez más. No recordaba cuándo se había soltado del brazo de Enzo, pero se regañó por no haberse aferrado a ellos el mayor tiempo posible. Antes de saber qué estaba pasando, llevaron a Lena y a Ella a toda prisa por un pasillo largo hasta una sala amplia abarrotada de mujeres, algunas de ellas con bebés y niños. Todas parecían tan aterrorizadas como Lena, todas llevaban una letra —H, G, L, P, B, X— en el abrigo. Hacía frío en la habitación desnuda, de paredes blancas y armarios con puertas de cristal. Había dos inspectores con sujetapapeles y estilográficas sentados detrás de mesas largas, y varios médicos situados delante de ellos para observar a las mujeres y a los niños que iban llegando, que lloraban y hacían preguntas en diferentes idiomas. Lena buscó a *Mutti* entre la multitud, rezando para que apareciera, pero no la vio por ninguna parte. Cuando cerraron la puerta, uno de los médicos se dispuso a leer algo escrito en un papel.

—Todos los pasajeros están expuestos a que se les deniegue la entrada si, tras examinarlos, se les considera lunáticos, idiotas, sordos, mudos, ciegos, tullidos o enfermizos; si sobrepasan la edad de sesenta años; si son viudas con hijos, si son mujeres sin marido y con hijos; si se trata de alguna persona incapaz de cuidarse sin convertirse en una carga para el Estado, si se dan algunas circunstancias para que esa persona se convierta en una carga para el Estado o si padecen alguna enfermedad o condición ya existente antes del viaje que pueda convertirlos pronto en una carga para el Estado. Las personas enfermas y las viudas con hijos, así como las personas con cojera, no pueden ser admitidos a menos que se dé total seguridad, mediante bonos que el armador suscribirá con el Gobierno de los Estados Unidos, de que las partes implicadas no se convertirán en una carga para el Estado.

A Lena le costó entender todo, pero comprendió lo suficiente para sentir aún más miedo. Tenía una hija y no tenía marido. Y *Mutti* era viuda con hijos.

Si iban a deportarlos, tenía que volver con su familia para asegurarse de que estuvieran juntos cuando eso sucediera. Desesperada, miró alrededor, con Ella bien sujeta entre los brazos, en busca de una forma de escapar, pero no vio ninguna. Y, de todos modos, ¿a dónde huiría? El agente de inmigración ya le había dicho que a Enzo tenían que examinarlo más

a fondo y, por lo que sabía, a *Mutti* también se la habían llevado a otro lugar. ¿Cómo iban a reencontrarse?

Lena se esforzó por tranquilizarse con respiraciones lentas y profundas mientras los médicos recorrían la sala fría inspeccionando a las mujeres y a los niños de uno en uno, examinándoles la piel del cuello y usando un calibrador para medirles de forma metódica la cabeza, la nariz y las orejas. Compartían sus hallazgos con los hombres sentados a las mesas, quienes escribían la información.

Una enfermera entró en la sala para examinarle el cuero cabelludo a una mujer embarazada con las letras SC pintadas con tiza en la solapa. La enfermera hizo a la mujer sentarse en un taburete para poder separarle el pelo por secciones. Otro médico le ordenó a una anciana con la letra L en el suéter que caminara por la sala, a pesar de que estaba claro que la mujer cojeaba y sentía mucho dolor. Uno de los médicos le examinó los ojos a una joven que llevaba las mismas letras que Lena y después sacudió la cabeza al mirar a la madre, que aguardaba con dos niños más pequeños a su lado.

—Tiene tracoma —le dijo el médico a la mujer—. No puede entrar.

Cuando un intérprete tradujo del inglés al alemán, la madre se deshizo en sollozos y súplicas al médico.

—¿Qué voy a hacer? —gritaba en alemán—. Hemos viajado hasta aquí para reunirnos con mi marido. Llevamos dos años sin verlo. Y ahora tiene un nuevo hogar para nosotros. Tiene que permitirnos la entrada.

—Lo siento, pero usted y el resto de los niños tienen que volver a casa con la enferma.

Cuando el intérprete tradujo esas palabras, la madre cayó al suelo desmayada. La enfermera acudió corriendo, le pasó unas sales volátiles por debajo de la nariz y la ayudó a incorporarse y a salir de la sala. Los niños se fueron llorando tras ella.

Lena apretó la mandíbula, tenía el estómago lleno de rabia y miedo entrelazados. ¿Cómo podían deportar a una madre y a sus hijos cuando el padre ya estaba en los Estados Unidos? ¿Cómo podían separar a familias enteras una y otra y otra vez? Era inhumano y muy cruel. Miró a Ella a la cara y contuvo las lágrimas. Si alguien intentaba separarlas, moriría antes de permitirlo. Cuando levantó la vista de nuevo, un médico con barba se acercaba a ella. Le miró la letra del abrigo y luego los ojos. Lena contuvo el

aliento. ¿Qué haría si el médico decía que no podía entrar en el país? ¿Deportarían a Enzo y a *Mutti* también? No, insistiría para que ellos se quedaran en los Estados Unidos sin ella. No echaría a perder las posibilidades de *Mutti* y Enzo de tener una vida mejor. Pero ¿qué haría con Ella?

—Deje a la niña en el suelo —ordenó el médico.

Lena obedeció mientras intentaba aparentar valentía y fortaleza.

—¡Mamáää! —chilló Ella.

El médico auscultó a Lena, le miró la nariz y las orejas, y le examinó los ojos con el abrochador por segunda vez. Lena se tragó los gritos de dolor y cuando hubo terminado por fin exhaló y levantó a Ella. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza.

—¿Habla inglés? —preguntó el médico.

—*Ja,* digo, sí.

—¿Le duelen o le pican los ojos?

—No.

—¿Le molesta la luz en los ojos?

—No —dijo ella—. Solo estoy cansada y he estado llorando.

—Estoy de acuerdo con usted —asintió el médico—. Creo que solo tiene los ojos irritados. Y su hija también me parece sana. —Se volvió hacia uno de los hombres de las mesas—. Sin signos de tracoma.

Lena casi se cayó del alivio.

Cuando hubieron examinado a todo el mundo, los médicos retrocedieron y miraron a las mujeres.

—Quítense las prendas exteriores y desabróchense la blusa —indicó uno de ellos.

Lena se puso tensa. ¿Había oído bien? ¿Tenían que exponer los senos delante de esos hombres?

Cuando los intérpretes repitieron las instrucciones en diferentes idiomas, resonaron exclamaciones por toda la sala y las mujeres mostraron expresiones de asombro. Como Lena, era probable que la mayoría no le hubiera enseñado los pechos a nadie desde que eran niñas, cuando se bañaban o cuando su madre o sus hermanas mayores las cambiaban de ropa. Incluso era probable que los maridos y los amantes solo les hubieran entrevisto los pechos desnudos bajo las sábanas o en habitaciones a oscuras.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? —cuestionó Lena en voz alta.

Las otras mujeres la miraron boquiabiertas y con las mejillas teñidas de miedo y vergüenza.

—Porque quieren ser ciudadanas estadounidenses —repuso el médico barbudo—. Y para eso tienen que someterse a la exploración física.

Otro médico fulminó con la mirada a Lena, retándola a contradecirlo.

—Si prefiere no hacer lo que se le dice, podemos firmar los documentos de su deportación ahora mismo.

Lena bajó la mirada y rezó para que ese reconocimiento médico fuera el último. De mala gana, volvió a dejar a Ella en el suelo, se desprendió del zurrón de tela que llevaba a la espalda, se quitó el abrigo e hizo un hatillo que se puso entre los pies. Se desabrochó el suéter y las dos blusas de algodón que llevaba debajo, y luego desenganchó los corchetes que le cerraban el vestido, agradecida por llevar un sujetador y poder dejarse el vestido puesto, a diferencia de quienes llevaban prendas que había que sacarse por la cabeza.

Mientras las mujeres temblaban allí expuestas, los médicos recorrían la sala en busca de síntomas de enfermedad; para ello les examinaban la piel de los pechos. Por suerte, fue el médico barbudo quien examinó a Lena. Cuando terminó, dijo:

—Parece estar sana.

Antes de que Lena pudiera preguntar qué sucedería a continuación o cuándo volvería a ver a su familia, le mandó que se vistiera y luego pasó a la siguiente mujer. Tras recomponerse toda la ropa y volver a colgarse el zurrón a la espalda, alzó a Ella para acomodársela sobre la cadera, la abrazó con fuerza y la besó en las mejillas. Ella se apoyó contra el cuello de su madre con el corazón encogido y esforzándose por dejar de llorar.

De una en una, guiaron fuera de la sala a Lena y a las demás mujeres que pasaban los exámenes, y les hicieron formar una fila en el pasillo. Cuando la última mujer salió, dos agentes las condujeron hasta el final del corredor entre taconeo de botas sobre el suelo de piedra. Nadie sabía dónde las llevaban ni por qué. Algunas mujeres lloraban en silencio, otras musitaban palabras nerviosas y plegarias en diferentes idiomas.

Cada varios metros, más pasillos surgían del primero, era como un laberinto gigantesco. Al final, los agentes llevaron a las mujeres hacia la izquierda, a un corredor del tamaño de un transatlántico. A un lado se

alineaban jaulas que iban desde el suelo hasta el techo, cada una lo bastante grande para albergar tres locomotoras una al lado de la otra. Lena observó horrorizada que las jaulas estaban llenas de hombres, mujeres y niños sentados en bancos, caminando de un lado a otro o rezando. Los niños lloraban y los hombres suplicaban a los soldados que pasaban que los dejaran salir y les hacían preguntas que nadie contestaba.

Lena sintió que le atenazaba el pecho un nuevo temor. ¿Iban a encerrarlas a ella y a las demás mujeres en una jaula? ¿Por qué? ¿Y durante cuánto tiempo? Examinaba cada rostro, buscaba rasgos familiares, comprobaba cada grupo de jóvenes para ver si su hermano se encontraba entre ellos y llamaba a *Mutti* y a Enzo a gritos. Pero su familia no estaba en ninguna parte. Se adentraron más en la sala, dieron la vuelta a una esquina y se acercaron a un hombre vestido con un traje hecho a medida que estaba hablando con otro agente de inmigración. Cuando los hombres vieron que el grupo de mujeres se acercaba, se hicieron a un lado, pero no interrumpieron su conversación.

—Admitir a inmigrantes con deficiencias mentales en los Estados Unidos golpea justo en las raíces de la existencia de nuestra nación —declaraba el hombre del traje—. Hemos de proteger nuestro país de la expansión de este veneno. En especial, debemos protegernos de los judíos, que son inmorales y endógamos en demasía, y sabemos que sus defectos se deben casi en su totalidad a su herencia genética. Tenemos que esforzarnos al máximo para identificar a aquellos que parezcan, incluso remotamente, deficientes o retrasados mentales. Y a los niños hay que examinarlos de forma mucho más minuciosa. También tendríamos que negarles la entrada a cualquier puerco italiano y a los hebreos rusos. Ya tenemos suficiente suciedad, miseria, delincuencia y muerte en nuestro país como para permitir que nos impongan aún más.

—Pero, comisionado Williams —argumentó el agente—, no podemos pretender que una sola prueba o procedimiento nos dé resultados que, de forma automática, lleven a un diagnóstico. No podemos esperar que un pobre granjero que ha estado viviendo en una choza nombre todas las cosas que ve aquí, porque nunca las ha visto ni ha oído hablar de ellas. Muchos de estos inmigrantes proceden de países pobres. Han dejado atrás a sus parientes y amigos, han soportado un viaje largo y han sufrido muchas penalidades. Han venido aquí para empezar

una vida nueva. No cabe duda de que su comportamiento lo han moldeado todas esas circunstancias.

—Puede que sea así, pero no es problema nuestro y, por tanto, no tenemos por qué solucionarlo. Tenemos que preocuparnos de las enfermedades que esas personas asquerosas traen a nuestro país. Los asiáticos tienen tuberculosis y los españoles transmiten la viruela y la fiebre amarilla. Y, como usted sabe, la mayoría de los judíos padecen cólera.

A Lena le costaba entender todo lo que esos hombres decían, pero el significado quedaba claro. El agente de inmigración comprendía que cada persona procedía de entornos diferentes, mientras que el hombre del traje pensaba que podía medir la inteligencia de las personas por su apariencia y que la mayoría de los inmigrantes eran sucios y portaban enfermedades. ¿Podía ser esa la razón de todos los interrogatorios y los reconocimientos médicos? ¿Esa era la razón por la que arrancaban a los niños de los brazos de su madre? ¿Era la razón por la que metían a las personas en jaulas? Ardió en deseos de gritarle, de decirle que seguramente iría al infierno por tratar a sus congéneres sin un ápice de decencia o compasión. Pero Lena no era nada para él, solo otra inmigrante asquerosa. A él no le importaría nada de lo que dijera. Y tenía que pensar en Ella. En su situación, buscarse problemas no iba a ayudar. Aun así, comenzó a caminar más despacio, tentada de decirle lo que pensaba, hasta que uno de los guardias le gritó para que siguiera avanzando.

Al otro extremo del pasillo se abrió una puerta y salió al pasillo un hombre con traje blanco que iba empujando una camilla sobre la que habían atado a una pequeña. Lo seguía una mujer que llevaba un vestido bordado, la cabeza cubierta por una *babushka* y se tapaba la boca con un pañuelo. La niña lloraba histérica, llamaba a su madre y se esforzaba por liberarse. El hombre de blanco guio la camilla hacia el final del pasillo y pasó por una puerta sobre la que se veía un letrero con letras mayúsculas: «AL HOSPITAL». La mujer iba detrás, sacudía los hombros al llorar de pena.

Sin previo aviso, uno de los inspectores sacó a Lena de la fila y la hizo pasar a una habitación del tamaño de un despacho antes de cerrar la puerta tras ella. Banderas en miniatura de diferentes países y fotografías de hombres trajeados llenaban la pared trasera. Dos agentes de inmigración levantaron la vista hacia ella desde detrás de una mesa alargada, uno tenía

las mejillas picadas y el otro un bigote que parecía un cepillo para limpiar botellas. La ansiedad hizo que se le acelerara la respiración. ¿Se había metido en un lío? ¿Tenían malas noticias? El agente de las mejillas picadas le ordenó que tomara asiento. Ella obedeció y, con manos temblorosas, se sentó a Ella sobre las rodillas. El agente del bigote la miraba con expresión carente de emoción.

—¿Sabe hablar inglés o tengo que llamar a un intérprete? —preguntó con tono neutro.

Lena asintió.

—Hablo... hablo inglés.

Él posó la mirada en su sujetapapeles y luego volvió a dirigirse a ella.

—¿Cuáles son su nombre y su número?

—Magdalena Sofía Russo Conti. Número 527.

—¿Y esta es su hija?

—Sí.

—¿Cuál es su lengua materna?

—Alemán.

Marcó algunas casillas en su hoja de papel mientras el agente de las mejillas picadas examinaba un montón de tarjetas antes de tenderle una de ellas al agente del bigote.

—¿Habla algún otro idioma?

—Un poco de italiano.

—¿Sabe leer y escribir en su lengua materna?

—Sí.

El agente del bigote le dio la tarjeta.

—Lea esto en silencio, por favor.

En alemán, la tarjeta decía: «Cuando termine de leer esta tarjeta, por favor, tome el lápiz que se encuentra sobre la mesa frente a usted y déselo al agente de inmigración. Esto demuestra su habilidad para leer».

Soltó la tarjeta, tomó el lápiz y se lo dio al hombre.

—Muy bien —asintió el agente del bigote. Marcó otra casilla en su documento antes de depositar delante de ella un rectángulo de madera basta junto con unas piezas también de madera en forma de estrellas, círculos, cuadrados y triángulos—. Ahora complete este puzle.

Su hija alargó la mano hacia el puzle y Lena la contuvo sujetándole los bracitos con una mano. Con la mano libre, colocó a toda prisa las piezas

en su sitio al tiempo que se preguntaba si pensaban que era una niña. Su Ella podría haberlo completado igual de rápido si se lo hubiera permitido.

—¿Cuánto son dos más tres más cinco? —inquirió el agente de las mejillas picadas.

Lena cerró los ojos, desesperada por recordar los números en inglés. Las matemáticas nunca se le habían dado demasiado bien. Contó con los dedos, presionándolos de uno en uno contra su pierna. Una, dos y tres veces para asegurarse.

—Señorita Conti —insistió el agente del bigote—, ¿entiende la pregunta?

Abrió los ojos.

—Diez —dijo. Rezó para que fuera correcto.

Él asintió.

—Ahora dígame, ¿es mejor barrer una escalera sucia de arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba?

Ella frunció el ceño. ¿Qué clase de pregunta trampa era esa? ¿Les harían esas preguntas a Enzo y a *Mutti* también? Darían la respuesta correcta a la pregunta sobre barrer, pero a Enzo se le daban los números mucho peor que a ella. Y ya le habían marcado el abrigo con una x porque el primer agente de inmigración con el que hablaron pensó que era... ¿Cómo lo había llamado? ¿Deficiente mental?

A pesar de los nervios, empezó a indignarse. Tanto ella como su familia eran buenas personas. Y tal vez Enzo no fuera el muchacho de catorce años más inteligente del mundo, pero era amable y divertido, y trabajaba duro. No eran delincuentes ni alborotadores ni idiotas. Y sin duda no eran veneno, como había dicho el hombre del pasillo.

—No he viajado hasta aquí para ponerme a barrer escaleras.

Para su sorpresa, el agente del bigote sonrió. Entonces se recompuso y volvió a ponerse serio.

—¿Cuál es su respuesta, por favor? —insistió.

—Desde arriba hacia abajo —contestó ella.

Marcó otra casilla en el papel.

—Si tuviera tres caballos, dos vacas y cinco ovejas, ¿cuántos animales tendría?

—Si fuese así de rica, no habría venido a los Estados Unidos.

Esta vez el hombre del bigote soltó una carcajada, pero el agente de las mejillas picadas le lanzó una mirada severa y se recompuso.

—Puede que sea cierto, pero necesito que me responda. Tres caballos, dos vacas y cinco ovejas, ¿cuántos animales son?

—Diez —afirmó ella—. Y ustedes dos y nosotras dos somos cuatro.

El agente de las mejillas picadas frunció el ceño con indignación.

—Esto no es un juego, señorita Conti. Su futuro depende de su respuesta a nuestras preguntas. —Habló con voz dura—. ¿Estas palabras significan lo mismo o lo contrario? «Mojado» y «seco».

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y otro agente se asomó a la habitación.

—Vengo a recogerlas para llevarlas a la isla Hoffman —declaró.

De repente los agentes se levantaron y dieron unos pasos atrás. Tenían el miedo reflejado en el rostro. Lena se los quedó mirando boquiabierta. ¿Por qué, de repente, parecían tenerle miedo?

—Puede marcharse —autorizó el agente del bigote.

—Venga conmigo —le indicó el agente del umbral antes de abrir la puerta del todo y dar un paso atrás.

Lena se puso de pie.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿A dónde nos lleva?

—A la planta despiojadora —respondió el agente.